PQ 2366
.M77
M3

CAPILLA ALFONSINA

FONDO NUEVO LEON

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

ció el portero en el centro del cuadro formado por el cerco de granito enteramente vestido de luto, quien despues de hacer una profunda reverencia, preguntó muy cortésmente.

—¿Qué se ofrece, señor oficial?

Este, en vez de contestar, preguntó á su vez:

—¿Es este el palacio de la *Tour du Roy?*

—Sí, señor.

—Entonces tened la bondad abrirnos la puerta.

—¡Abrir! ¿y con qué objeto?

—Para que entremos mi asistente y yo con los caballos.

—¡Entrar!—repitió con asombro el portero—¿quereis entrar en el palacio de la *Tour du Roy?*

—Quiero y debo, puesto que, segun la boleta que tengo y que me ha sido entregada en el Ayuntamiento, es esta casa á la que me corresponde venir alojado.

—¿En el Ayutamiento os han dado boleta para esta casa?—dijo con asombro creciente.

—Si lo poneis en duda, mirad la boleta—exclamó el teniente impacientándose—y abrid pronto, porque me extraña mucho que de este modo se reciba á un alojado que manda el Ayuntamiento de la ciudad.

—Os pido mil perdones, señor teniente; yo no sabia... no creia.... en fin, voy á abrir.

—Ya lo debíais haber hecho.

Desapareció el portero, y al poco rato se oyó girar la llave en la cerradura de la puerta principal, y ésta fué abierta de par en par.

El teniente entró á caballo á un extenso patio cuadrado, donde se detuvo y estuvo paseando la vista alrededor.

El edificio que contemplaba era mucho mas importante de lo que pudiera suponerse al verlo por fuera.

El cuerpo principal, contemporáneo de Luis XIII, tenía catorce huecos en cada piso. A derecha é izquierda ostentaba pabellones mas modernos, aunque del mismo estilo, formando dos extremos del cuadrilátero.

Por una grada á la italiana de doble escalera y cubierta de flores, se entraba al piso principal.

Casi tan hermosos como los de las Tullerías, se unian naranjos alineados delante de las ventanas del piso bajo, cuyas maderas estaban cerradas herméticamente.

Tres balcones con balaustres de piedra esculpida sobresalian en el piso principal.

Los balcones del piso segundo eran de hierro forjado.

Las azuladas tintas de las tejas de pizarra, formaban armonioso contraste con los tonos dorados de las antiguas paredes; buhardillas

casi monumentales cubiertas de zinc, coronaban el edificio.

El teniente, á caballo y casi inmóvil en el centro del patio, admiraba cuanto veía como consumado artista.

—¡Soberbio edificio!—dijo.—Tiene el tinte de una mansion feudal. Si tengo tiempo mañana y los dueños no lo miran mal, sacaré un cróquis de esta fachada.....

Mientras que monologaba de este modo, dos criados salieron de la caballeriza, se acercaron á tomar los caballos, y el portero entró en su habitacion y tocó un timbre para anunciar que acababa de llegar gente.

El teniente se apeó á tiempo que un lacayo alto, calvo, erguido y encopetado, de frac negro, calzon corto, medias de seda y zapatos con hebillas de plata salió del vestíbulo, bajó con solemnidad la grada, se dirigió al teniente, y despues de haberle saludado, se colocó ante él en actitud de esperar á que le hablasen. Tenia los ojos encarnados como de haber llorado mucho, y su palidez llamaba la atencion.

—Parece que sale del otro mundo—pensó el teniente.

Despues añadió en voz alta:

—Vengo alojado aquí.... Ahí teneis la boleta, *un teniente, su asistente* y tres caballos...

El antiguo criado levantó los ojos y las ma-

nos al cielo denotando asombro, y la expresion de su semblante fué parecida á la que habia demostrado el portero, aún cuando el asombro de aquel no era tan grande como el del criado.

—¡Una boleta de alojamiento para esta casa! —murmuró entre dientes.—¡Dios mio! ¿Quién podria suponer semejante cosa? Es necesario que el alcalde haya perdido la cabeza, ó que nos tenga muy mala voluntad.

Y dirigiéndose contrariado al teniente, con sequedad manifiesta le dijo:

—¿Quereis hacerme el favor de seguirme? estoy á vuestras órdenes. Se debe obedecer á la ley.....

Sin esperar respuesta se dirigió á la escalinata, subió hasta el vestíbulo, y allí se detuvo para dejar entrar al jóven, y dijo:

—Pido mil perdones al señor oficial si le dejo solo por un momento. Las puertas del salon están cerradas, y si fuera á buscar la llave tardaria mucho. Vuelvo dentro de cinco minutos.

Dicho esto se inclinó por segunda vez, y con paso rápido y automático salió por una puerta lateral.

—¡Caramba!—pensaba el teniente mirando á su alrededor.—Si no estuviera tan cansado me detendria aquí, no digo cinco minutos, sino

una hora. Cuanto aquí veo es en extremo curioso; este vestíbulo parece un museo.

En efecto, de los marcos de roble negro se destacaban ricas telas antiguas, que representaban batallas y escenas campestres. Adornaban las paredes armaduras de un esmerado trabajo, trofeos de casa y de guerra. Debajo de estos trofeos y armaduras, sobre pedestales de pórfiro, habia bustos de blanco mármol.

—¡Soberbio! ¡Soberbio! ¡Soberbio!—exclamaba á cada momento el teniente.—Los dueños de este palacio deben venir siendo, de padres á hijos, inmensamente ricos y gentes de exquisito gusto. Si el vestíbulo es esto, ¿qué serán los salones?

El exámen no duró mucho tiempo, porque, transcurridos apenas cuatro minutos, apareció de nuevo el criado.

La rigidez y el aspecto casi agresivo de su lenguaje, se habia modificado notablemente, así es que en tono casi insinuante dijo:

—Voy á tener el honor de conduciros á vuestro cuarto. En él encontrareis vuestra maleta, que acabo de hacer conducir á él.

El jóven siguió al criado por una escalera grandiosa, cuyos escalones cubria rica alfombra de moqueta encarnada. Llegaron á la galería que desembocaba en el piso segundo, y á la cual daban luz ocho ventanas que caian á un